



Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

HUMANITAS

2002

Edición 29

¹⁰⁹ N. Hartmann, Logische und ontologische Wirklichkeit, KS III 220-242, aquí p. 238.

¹¹⁰ J. A. Comenius, De rerum humanarum emendatione Consulato catholica. Vol. 1, Pragae 1966, Columna 1276.

LA IDEA DE PATRIA EN SIGÜENZA Y GÓNGORA

Mtro. Luis Rionda Arreguín
Universidad de Guanajuato

La vida de la ciudad de México evolucionaba hacia mediados del siglo XVII de manera apacible y reposada. Escasos eran los acontecimientos que significaban para ella un sobresalto que viniera a alterar, de modo notable, el paso sosegado y lento en el que transcurría el devenir de su existencia.

Habían pasado aproximadamente ciento treinta años de la conquista y la nueva ciudad que se estaba construyendo de acuerdo a la primera traza, proyectada por los peninsulares, conservaba todavía el encanto de poder contemplarse en los lagos que paulatinamente iban quedándose sin agua. En sus contornos se encontraban los barrios poblados de indios que, teniendo prohibido por disposición de la ley trasponer las áreas destinadas solo a los españoles, violentaban sus mandatos e irrumpían en la ciudad para vender los productos que cultivaban.

Por otra parte, la ciudad de México fue originalmente diseñada como si se tratara de un tablero de ajedrez con calles rectas, corriendo algunas de ellas de modo paralelo a los canales que no habían desaparecido. Según se iban presentando las fechas de los acontecimientos a celebrar, las calles, plazas y edificios que la componían se llenaban de gente. La ciudad sufría, por diversos motivos a conmemorar, una radical transformación. Entre las causas que hacían que su vida cobrara mayor intensidad y esplendor se contaban la llegada de un virrey o de un arzobispo, las diversas fiestas de carácter civil y religioso como la celebración de la caída de Tenochtitlán y la Navidad.

La aparición de fenómenos celestes fueron también motivo de perturbación en la sociedad novohispana. Tal fue el caso del cometa visto a fines de 1680 que hizo sentir al pueblo y a muchas gentes ilustradas la sospecha de que era señal de grandes desgracias y calamidades. No faltaban en la ciudad hechos que la conmovían con relativa frecuencia. El motín que tuvo lugar en 1692, a consecuencia de la carestía del maíz, fue de tal magnitud que el alboroto producido por la población puso en peligro de ser consumidos por el fuego los mapas y libros en los que se guardaba el pasado del México prehispánico.

Cronológicamente hablando se acepta que la etapa del barroco comprende de manera aproximada de mediados del siglo XVI a mediados

del siglo XVIII; pero alcanza su máximo esplendor hacia la mitad del XVII. Concluido el Concilio Tridentino, la creencia humanista en la perfectibilidad del ser humano fue objeto de críticas por considerarla opuesta a lo que enseñaba la doctrina del pecado original. Sin embargo, la claridad humanista se rindió ante la persecución barroca de lo extraño y opaco y las técnicas estéticas del *culteranismo* y del *conceptismo* facilitaron la deseada oscuridad de expresión.

Aquél la logró mediante el retorcimiento de la sintaxis, con palabras inventadas de raíces griegas y latinas, y figuras de expresión artificiosas; mientras que éste, buscando la economía verbal, subordinó el sentido al ingenio mediante antítesis, paradojas y juegos de palabras. Estas corrientes opuestas confluyeron en el estilo barroco, transportando la importancia del contenido a la forma¹.

En esta circunstancia lenta y pausada con que acaecen las cosas en la capital del virreinato de la Nueva España, y en este ambiente en que predomina el ornato y la pompa del barroco nació don Carlos de Sigüenza y Góngora. Erudito en el conocimiento de las matemáticas, tiene una viva preocupación por la indagación de la historia; pero además le interesa el conocimiento científico de las cuestiones astronómicas. Su personalidad es un fiel reflejo del ambiente cultural y social en que se desenvuelve. Como la época en la que vive, Sigüenza representa íntegramente el barroco que lo rodea.

Poeta culterano, gusta como escritor de poner a sus libros "larguísimos e intrincados títulos". Autor de obras sobre diferentes materias, manifiesta en ellas siempre el modo culto, elegante y rebuscado propio del culteranismo, opuesto al tono vulgar del lenguaje popular. En efecto, este polígrafo singular congruente con su época, a la que supo expresar, no podía menos que cultivar las letras a la manera recargada del barroco mexicano del siglo XVII, puesto que "el tono de la cultura barroca fue preponderantemente literario".

Si bien la vida de don Carlos fue de corta duración, de medio siglo y un lustro, en un aspecto más concreto fue "intensa y extensa en la creación literaria y el quehacer científico y no escasa tampoco de agitación, bien por los viajes a que le llevó alguna de sus varias especializaciones, bien por problemas personales o por las polémicas intelectuales en que le envolvieron, por mitades, su pasión por la verdad y su fuerte e irritable temperamento"².

Después de haber sido expulsado de la Compañía de Jesús, Sigüenza muestra hacia 1668 un ánimo turbado y descompuesto decidido a reanudar los estudios teológicos y emprender otras actividades de carácter científico. La docencia y la investigación le permiten realizarse intelectualmente. Su interés por las disciplinas históricas se puso de relieve en sus investigaciones sobre las culturas del México prehispánico, las cuales se vieron fortalecidas con la adquisición que hizo de la colección de documentos pertenecientes a don Fernando de Alva Ixtlixóchitl.

Lo que convierte a nuestro sabio criollo en un hábil y experimentado estudioso del México previo a la invasión española fue el conjunto de documentos, mapas, códices y libros que llegó a reunir, y que hicieron de su biblioteca y archivo un acervo rico en el que abrevaron diversas inteligencias de su tiempo.

Con frecuencia se manifiesta orgulloso de su conocimiento histórico, sustentado en el trato permanente que tuvo con la historia precolombina de México. Si hay algo que lo impulsa a conocer la historia de los antiguos mexicanos es precisamente el amor que a su patria tiene. La razón por la que Sigüenza hace de la historia antigua de México el foco de su atención es "consecuencia -dice- del amor grande que me ha debido mi patria, cuando por haberlas elegido por asuntos de mis tareas, me hallo bastantemente capaz de sus antiguas historias; razón potísima para que, sin valerme de las remotas y extrañas, pueda ilustrar con aquellas lo que tuviera necesidad de semejantes apoyos"³. Criollo al fin, Sigüenza muestra a través de sus escritos una profunda admiración por el pasado americano anterior a los descubrimientos de Cristóbal Colón, siendo esto resultado de su inclinación por el estudio de los manuscritos y códices de los antiguos mexicanos.

El amor que tiene por la historia de su país lo mueven no sólo a abogar en favor de su grandeza, sino a realzar sus méritos y valores. La erudición que llegó a tener sobre la historia mexicana unido al amor que siente por lo propio se pusieron de relieve cuando a raíz de la llegada a México del nuevo Virrey Tomás Antonio Manrique de la Cerda, Conde de Paredes y Marqués de la Laguna, el Ayuntamiento le encargó el proyecto y la erección del Arco Triunfal con el que se había de recibir a tan insigne personaje.

La ocasión fue para don Carlos un auténtico desafío que en ningún momento rehuyó. La descripción que hizo del arco fue motivo que aprovechó para mostrar su dominio del barroco, utilizando un estilo

gongorino lleno de frases cultas y giros rebuscados. Pues bien, el arco ideado y descrito por nuestro sabio novohispano dio lugar al surgimiento de su *Teatro de Virtudes Políticas*, obra que tuvo como propósito mantener el recuerdo de tan singular acontecimiento.

No fue esta obra la primera en la que se menciona "el gran amor de Sigüenza por las cosas y tradiciones de su patria, pues ya queda dicho que ejemplos de ellos se encuentran en obras anteriores como la *Primavera Indiana* y las *Glorias de Querétaro*, pero en esta descripción del Arco Triunfal se pone más de relieve su afán de ensalzar lo mexicano ..."⁴. El virrey conde de Paredes, por quien se festejaba su arribo a la ciudad erigiendo un arco triunfal, representaba el dominio del imperio español sobre una de sus colonias.

Para reclamar a su vez lo que por hecho y por derecho pertenece a los mexicanos, Sigüenza no sólo iguala el pasado de México con el de Roma, sino que encuentra en los antiguos emperadores de México los ejemplos de virtud que debieran adornar al gobernante español en turno. Lejos de recurrir a personajes de la mitología clásica que sirvieran para representar el recto proceder que debe tener el estadista recién llegado, el sabio polígrafo más bien plasmó, en el arco que decoró en 1681, aquellas virtudes políticas que adornan a los antiguos monarcas del imperio mexicano y que el nuevo virrey ha de tenerlas como ejemplo de la conducta que ha de observar en su papel de gobernante.

No obstante que sus patrones intelectuales estaban muy vinculados a España, el hecho de haber entregado gran parte de su vida al estudio de la historia indígena precortesiana le dieron a Sigüenza no sólo una profunda identidad con la cultura del México de aquella época, sino además una arraigada conciencia del valor de lo mexicano. Tomando en consideración todo esto, es muy probable que nuestro barroco quisiera "recordar a los orgullosos peninsulares que el reino sobre el que venían a presidir no era un mero anexo del imperio español, sino una tierra con rico caudal ... De hecho, el haber levantado a los caudillos paganos de los aztecas como modelos para instrucción y ejemplo de los altivos conquistadores hubiera parecido entonces casi nada menos que lesa majestad"⁵.

Pero el México precolombino no es para don Carlos sólo objeto de doctos conocimientos, es también sujeto de singular estimación y ternura. Este blanco, nacido y criado en México, fue manifestando como el resto de los criollos una oposición cada vez más visible hacia los naturales de España, al tiempo que fue sintiéndose paulatinamente más como mexicano no obstante no tener acceso a los empleos más importantes. La atención que le merecieron las antiguas culturas de México estuvo sustentada en el gran

amor que por su patria tenía. En una palabra, estudia estas culturas fundamentalmente a causa "del amor grande que me ha debido mi patria, cuando por haberlas elegido por asuntos de mis tareas, me hallo bastantemente capaz de sus antiguas historias".

Asimismo en la *Libra Astronómica y Filosófica* que Sigüenza escribiera para responder a las invectivas que contra él expresara el padre jesuita Eusebio Francisco Kino con motivo de la aparición del cometa de 1680, llamándolo loco y de "trabajoso juicio", el sabio mexicano no dudó en responder: "Además de esto, hallándome yo en mi patria con los créditos tales cuales, que me ha granjeado mi estudio con salario del rey nuestro señor, por ser su catedrático de matemáticas en la Universidad mexicana, no quiero que en algún tiempo se piense que el reverendo padre vino desde su provincia de Baviera a corregirme la plana"⁶.

La reiterada referencia a su patria son señales elocuentes del apego que siente Sigüenza hacia México y a cuanto le pertenece. Hay, pues, en él un incipiente nacionalismo que se manifestó en su afán de ver en lo mexicano algo peculiar y distinto en relación a lo español. Asunto que también se pone de relieve en los juicios que expresa sobre la actitud soberbia e indiferente del europeo. Para distinguir lo español de lo que considera como propio, don Carlos se adentra mediante el estudio en el conocimiento de las culturas indígenas, viendo en ellas un mundo singular tan admirable como la cultura impuesta por España.

El nacionalismo puede concebirse como la identidad que los habitantes de una comunidad tienen con la cultura propia y diferenciada que ha nacido del solar patrio. El sentimiento de identidad se va formando y fortaleciendo en él a través del amor y el respeto que siente por el pasado indígena de México. "Si en el presente había rivalidades entre españoles y criollos, mestizos, indios y negros, el arraigo, el entronque que Sigüenza necesitaba para su idea de patria había de buscarlo en lo autóctono, aunque sin renegar, claro esta, de lo español"⁷.

La aparición del cometa desató en la sociedad novohispana creencias contrarias a la razón, en el sentido de que tal acontecimiento debía ser visto como aviso de Dios de desgracias e infortunios por venir. Dispuesto a pacificar los miedos causados por el fenómeno, Sigüenza ve en ellos "la obra de un Dios justo" que al privarlos de cualquier significación prodigiosa ha querido "prevenir nuestra incredulidad", terminando nuestro sabio por sostener que los cometas no son lo que la gente se imagina, sino que más bien son "cuerpos tan antiguos como el mundo ...".

Corrieron por entonces noticias de que un eminente y prestigiado jesuita europeo, el padre Eusebio Francisco Kino, daría a la luz pública un libro destinado a rebatir con argumentos las ideas del sabio mexicano. En efecto, a su arribo a México difundió un escrito con el título de *Exposición Astronómica* alegando razones contra las ideas que Sigüenza sostenía. La respuesta no se hizo esperar cuando el sabio mexicano, basándose en demostraciones científicas y evidencias matemáticas, redacta la *Libra Astronómica* que sería una refutación diligente y precisa de las opiniones del europeo.

Frente a la actitud arrogante del jesuita recién desembarcado de Europa que no aprecia y mira con desdén el desarrollo científico logrado en las colonias españolas de América, don Carlos aboga en favor del saber científico de su patria. Lo cierto es que en esta polémica en la que el jesuita tirolés defendía tesis opuestas a las de Sigüenza, éste, al percatarse de la poca cortesía con la que era tratado por aquel en su escrito, reventó violentamente en ira, disponiéndose a responder con argumentos de carácter científico. "En esta controversia —apunta Samuel Ramos— Sigüenza muestra un espíritu mucho más científico, más avanzado, en suma, más moderno, no sólo que el padre Kino, sino que el de todos sus contemporáneos. Es la primera controversia sobre cuestiones científicas que tiene lugar en América. Sigüenza es, naturalmente, un hombre de su tiempo; sus ideas sobre el mundo astronómico están aún mezcladas con todos los errores y fantasías de aquel ambiente medioeval. Pero en ese hombre empiezan a brillar ya las ideas científicas, quizá las primeras en tierra americana"⁸.

Forzado y sin excusa a tomar parte en la disputa, a propósito de los cometas, por el reverendo Kino, quien habiéndole conminado a leer su *Exposición Astronómica*, le dijo además que no le faltaría "que escribir", don Carlos dedujo de esa palabras que estaba siendo invitado por el europeo a intervenir en una polémica de la que resultó su *Libra Astronómica*. Por supuesto que este libro fue la respuesta del sabio mexicano, "por parecerme —dice— el que no sólo a mí, sino a mi patria y a mi nación, desacreditaría con el silencio ... supuesto que dirían, y con razón, cuantos leyese su escrito, tenían los españoles en la Universidad mexicana por profesor público de las matemáticas a un hombre loco y que tenía por opinión lo que nadie dijo"⁹.

Por más que ambos eran personalidades de renombre y fama en el campo de las matemáticas, sin embargo la modernidad científica del erudito mexicano se deja ver cuando sostiene la imposibilidad de establecer dogmas en estas ciencias. La ciencia, en su concepto, debe regirse por la verdad y la evidencia racional; pero no por las apariencias. A su vez, su sustento no está en la autoridad, sino en "las pruebas y las demostraciones". Siente el orgullo del criollo ilustrado que disfruta saber no sólo que sus

observaciones y sabiduría matemática se han divulgado por el mundo entero, sino que su nombre sea conocido por los espíritus más celebres y preclaros de su tiempo.

Aunque a veces peca de exceso de estimación propia, hay en él más bien un mexicanismo franco y abierto cuando refiere que los mayores hombres de su siglo han enaltecido y apreciado sus observaciones, concretamente "las del cometa del año de 1681, por haber igualado en su precisión a las más exactas y primorosas de la Europa". Como buen representante de los criollos, Sigüenza reclama lo que por razón de dominio pertenece a los nacidos en tierras de América.

La fama y reconocimiento que lo acompañaron excedieron las fronteras de su patria. Fue conocido como hombre combativo y adepto a las ideas filosóficas y científicas de vanguardia; pero de pronto puede perder la compostura y enfadarse si la aparición de un cometa lo mueve a desterrar las supersticiones sobre los mismos y reivindicar la ciencia de su país. "Sale entonces en defensa de la verdad científica, presentándose como el portavoz en la Nueva España de una mentalidad nueva y vigorosa"¹⁰.

Decidido a enseñarles a los habitantes de la Nueva España cómo debían ser concebidos los cometas, Kino los llama monstruos del universo que auguran desgracias para el género humano. No solamente declara don Carlos desconocer los filósofos que califican a los cometas como "apostemas o monstruos", sino que los considera fenómenos naturales que no anuncian ni desastres ni infortunios. Frente a la condición bestial y prodigiosa que el padre Kino le adjudica a estos astros errantes, el mexicano enfatiza su índole natural.

Los comentarios y discusiones que provocó en la Nueva España la aparición del cometa que se dejó ver hacia finales de 1680, llevó a Sigüenza a redactar el *Manifiesto Filosófico contra los cometas despojados del imperio que tenían sobre los tímidos*, obra de divulgación dedicada a la virreina condesa de Paredes con el fin de tranquilizar su espíritu perturbado por lo que para muchos pronosticaban estos fenómenos. Este pequeño folleto tendía además a calmar el ánimo del pueblo, alterado por los nefastos presagios que, por su ignorancia, les otorgaban.

Habiendo conocido el jesuita austriaco el contenido del *Manifiesto*, no tardó en elaborar su *Exposición astronómica* con el fin de rebatir los argumentos sustentados por el mexicano. Este a su vez pensaba que el objetivo perseguido por el reverendo Kino al dedicarle su libelo al virrey de Paredes era precisamente el de rescatar "a la excelentísima señora del engaño y perjuicio en que yo la había puesto, de que no deben ser temidos

los cometas por ser falso el que son prenuncios de calamidades y estragos”¹¹.

Finalmente la obra con la que don Carlos contestó a los razonamientos del jesuita tirolés, según los cuales los cometas son malignos por las calamidades que vaticinan, fue la *Libra astronómica y filosófica*, escrito en el que apoyado en autores antiguos afirma que si los cometas están formados “de la misma manera que las estrellas volantes” no es posible inferir que produzcan algún mal o supongan acontecimientos nefastos. Pero si el jesuita tirolés merece los más altos elogios por su heroica labor de misionero, también debe reconocerse que en el incidente surgido con don Carlos de Sigüenza a propósito de los cometas, no tuvo Kino ni toda la razón ni toda la corrección que sería deseable, sobre todo tratándose de dos personas tan ilustres, pues bien cimentada era la fama que de matemático ya traía el jesuita cuando aquí vino y muy justo el renombre de Sigüenza en igual materia¹².

Mientras que Kino está enclavado en la tradición, el sabio mexicano es una figura de transición. La confianza que muestra en la observación y el método experimental para descubrir la verdad en el mundo físico, pone de relieve su inclinación por la modernidad y la ilustración. Por otro lado, como fiel creyente en las verdades reveladas de la fe católica se mantiene anclado en el pasado. Su actitud conciliadora hace que en él se avengan el inmovilismo de sus convicciones religiosas con el carácter innovador de la modernidad. “El apego a las creencias tradicionales de su fe lo hace aceptar lo sobrenatural en materia de religión, aunque su amor a la ciencia lo conduce a admitir sólo lo experimentalmente comprobable”¹³.

El desdén que el padre Kino mostraba por las observaciones astronómicas de Sigüenza es visto por éste como señal del desprecio en que los europeos tenían a los nacidos en América. Posiblemente exista en don Carlos un sentimiento de inferioridad derivado de la procedencia europea de Kino y de ser él americano. Es decir, que a pesar de la erudición de nuestro sabio criollo, esto no le daba a los ojos de un europeo el ser visto con respeto y consideración. Sin embargo, Sigüenza considera que lo europeo por el hecho de serlo no necesariamente lo hace alabable y digno de admiración, como tampoco lo mexicano por ser mexicano es indigno y miserable.

Era tal el menosprecio que los europeos tenían por los americanos que don Carlos se ve compelido a precisar: “Piensan en algunas partes de Europa y con especialidad en las septentrionales... que no sólo los indios, habitantes originarios de esos países, sino que los que de padres españoles casualmente nacimos en ellos, o andamos en dos pies por divina

dispensación, o que aun valiéndose de microscopios ingleses apenas se descubre en nosotros lo racional”¹⁴. Si esto fuera realmente cierto no habría desarrollado el sabio mexicano, como lo hizo, la ardua labor intelectual que lo llevó a ser reconocido por sus conocimientos en diversas ciencias.

Su amplia sabiduría dimanaba, como el mismo lo expresa, del “sumo amor que a la patria tengo”. La excesiva inclinación por el pasado de su país lo lleva a desplegar un gran esfuerzo “por salvar —en medio del motín y de las llamas— los archivos y documentos en que constan los hilos de que ha ido entretejiéndose la vida de su patria”¹⁵. Las cuestiones relacionadas con la patria aparecen en nuestro criollo tanto con referencia a los asuntos de cometas como a los que tienen que ver con el guadalupanismo que generó un fuerte sentimiento de nacionalidad. El guadalupanismo de Sigüenza es, según Rojas Garcidueñas, sincero y fervoroso; “... probablemente tres factores concurren a desarrollarlo: en primer lugar el firme catolicismo de Sigüenza, en segundo término su íntimo y arraigado sentimiento de lo mexicano... y, por último, el haber vivido en una época de intenso fervor guadalupano”¹⁶. Diversas fueron las obras escritas por él que tienen que ver con temas guadalupanos. Uno de ellos, el de la aparición de la virgen de Guadalupe, ha tenido enorme significación para comprender la historia religiosa de México. Para Sigüenza la primera exposición de las apariciones guadalupanas es obra de un único autor que coexiste con ellas. Con ello desmiente la tesis de un proceso histórico aparicionista, obra de varios autores, que se fue formando a través del tiempo de un modo gradual y progresivo.

Las inquietudes intelectuales de don Carlos estuvieron dedicadas en buena parte a la historia, razón por la cual hay en él una propensión natural a conservar el recuerdo de los hechos pasados. Su ardiente y entusiasta simpatía por México hacen que en su labor de historiador exista “un profundo interés y amor por las cosas de su patria”. Si hay algo del vasto campo de la historia que lo atraía de modo sobresaliente eran las épocas remotas de su país. Anida en su espíritu una sólida apetencia de conocimiento que lo hacen ser un “gran devorador de libros”, al mismo tiempo que “tiene las pupilas ávidas siempre y despajadas para examinarlo todo sin prevención y por sí mismo”¹⁷.

El asunto que mayor atención le merece es el de la patria mexicana. Muestra en consecuencia una inclinación hacia los acontecimientos que conforman el pasado de su patria, es decir, hacia lo mexicano. El crecimiento de la población criolla aunado al poder que este grupo fue afianzando, hizo que los criollos urdieran un sentimiento de oposición hacia los españoles europeos provocado por la exclusión de que eran objeto de los cargos más importantes en la administración de la Nueva España. El

fortalecimiento cada vez mayor de los vínculos entre los criollos, originado por el menosprecio en que eran tenidos por los peninsulares, los llevó a reconocerse cada día más como mexicanos. Sigüenza no solo defiende la historia de su país; no se resigna únicamente a lanzar lamentos y loas nostálgicas a sus tiempos pasados; como buen criollo, no pierde de vista la existencia efectiva de tantos miles de aborígenes agobiados por el peso de la derrota¹⁸. Aficionado a coleccionar códices y manuscritos que hablan de la antigua grandeza de las culturas indígenas, conoce también de las humillaciones que sobre ese pueblo se han abatido. Con plena razón no ha faltado quien descubra la mexicanidad de Sigüenza en el pasado indígena.

En efecto, el hijo de padres españoles nacido en América, esto es el criollo, va percatándose conforme pasa el tiempo que la nación de donde proceden sus progenitores es para él cada vez más ajena. De pronto España se convierte en una realidad extraña a la nueva circunstancia que lo vio nacer. Por ello, no es casual, sino algo esperado el que comience a considerar a América como su verdadera patria. Todo aquello que forma parte del mundo americano es visto por el criollo como algo suyo, como algo que de algún modo le atañe e incluso le afecta. Si el europeo desdén con su indiferencia a los hombres y la cultura de América, en el criollo en cambio es cada vez más vigorosa la simpatía y atracción por la nueva patria que empieza a insinuarse. Ama tanto lo que concierne a la naturaleza americana como lo que tiene que ver con sus culturas autóctonas. Del mundo indígena elogia fundamentalmente el esplendor y grandiosidad de su pasado.

Habiendo sido las lluvias de 1691 muy copiosas en las zonas productoras de maíz, trigo y frijol, sumándose a ello el monopolio que diversas personas ejercían sobre las reservas de alimentos, se produjo en la ciudad de México una grave escasez y encarecimiento en el precio de los granos y víveres que desembocó en una situación de disgusto y agitación popular. Para la gente de la calle la causa de que faltara el maíz y se diera el desabastecimiento y elevación del precio del pan era atribuido al mal gobierno que sufrían.

El 8 de junio de 1692 la plebe, constituida de indios, mulatos y negros había invadido la plaza atestada de puestos y cajones de madera. El enojo e irritación del populacho, que iba en aumento, dio origen al pillaje incontenible que más tarde llevó a los sublevados a incendiar Palacio con petates y carrizos que los indios amontonaban en las puertas de ese inmueble. El fuego se había extendido por todos los sitios del edificio. El rumor de que las Casas de Cabildo eran presa de las llamas hizo decir a cierto escritor que encontrándose Sigüenza y Góngora en sus habitaciones del Hospital del Amor de Dios, ocupado en el estudio de sus libros, llegó a

los oídos de “este literato, honor de México, excitado del amor de las letras y de la patria”, la noticia según la cual “en un momento iban a ser consumidos por las llamas los monumentos más preciosos de la historia antigua y moderna de los mexicanos, que se conservaban en aquel archivo, con sus amigos y alguna gente moza y denodada, a quien dio cantidad de dinero, partió para la plaza... aquellos hombres intrépidos penetraron a las piezas, y aunque el fuego se propagaba en ellas, en medio de las llamas, asiendo de aquí y de allí los códices y libros capitulares, los lanzaban a la plaza, en cuyo ministerio tan arriesgado continuaron hasta que no dejaron monumento de los que no habían sido devorados por el fuego”.

Lejos de permanecer indiferente y distante ante la sublevación indígena que ponía en peligro de ser devorado por el fuego el archivo de la ciudad de México, el sabio criollo no duda en ir en su auxilio poniendo en riesgo su vida, todo con la finalidad de que dichos documentos fueran salvados y estudiados por las generaciones posteriores. Con relación a este acontecimiento, Sigüenza hace manifiesto su amor por el pasado de la patria mexicana al asumir una actitud valiente cuando ve peligrar los testimonios más valiosos dejados por los pueblos y las culturas del México prehispánico.

Controlada la insurrección, el virrey solicitó a don Carlos su asesoría sobre las providencias que deberían tomarse para que en lo futuro la población indígena no volviera a reincidir en un alboroto semejante. El informe que presentó al gobernante sostenía la necesidad de una separación tajante entre indios y españoles, sobre todo en la capital del virreinato. “Por todo lo cual —refiere Sigüenza—, teniendo por justo, santo, bueno y precisamente, necesario retirarlos de lo principal de esta ciudad de México...me parece (traza los límites de la zona en que, a su juicio, debe confinarse a los indios)”¹⁹.

Finalmente, al hacer la relación de los sucesos del nefasto y fatalismo 8 de junio del año citado, don Carlos se expresa de los indios, diciendo que son “gente la más ingrata, desconocida, quejumbrosa y inquieta que Dios crió, la más favorecida con privilegios y a cuyo abrigo se arroja a iniquidades y sinrazones, y las consigue”²⁰. Por otra parte, una vez realizadas las investigaciones sobre el motín pudo saberse que existía una conjura dirigida a producir una sublevación de los indios, cuyo propósito era conspirar contra la dominación española. No de otra manera se explica la conducta pasiva e indolente asumida por las autoridades españolas. Lo cierto es que un tumulto que pudo ser reprimido, se perdió todo control sobre él a causa de la ineptitud de los españoles que tenían la facultad de guardar el orden.

Sigüenza es por encima de cualquier otra cosa un intelectual, "ama a los indios antes y después del motín, de la misma manera. Los ama siempre, en primer lugar, como objeto de estudio; siente compasión por su miserable estado, y hace lo que puede por mejorar su suerte. Pero don Carlos es un criollo mexicano del siglo XVII, no un socialista de fines del XIX, y cree, por tanto, que el indio debe estar sometido al criollo, obedecerle sumisamente y no osar nunca subvertir una situación que el criollo creía o decía creer beneficiosa para los propios indios. Estos constituían la poderosa razón viviente e inmediata para justificar la postura cultural criolla —no española— de afirmación de su personalidad original frente a lo español europeo, y apenas significaban algo más. Sigüenza y Góngora mantuvo, como buen criollo, esta actitud, y reaccionó consecuentemente, llegada la ocasión, en la cual salió a luz... su condición de intelectual..."²¹.

Razonable resulta la apreciación del historiador Ramón Iglesia cuando asegura que después del motín se opera un cambio en la vida del polígrafo mexicano que lo lleva a renegar de su obra toda, que ya no será fruto de amor, sino de "nimio estudio"²². Ahora bien, el que Sigüenza sostenga a raíz del alboroto la idea de fortificar la ciudad de México para mantener a los indios separados de los españoles y evitar disturbios, no justifica que Iglesia ponga en duda la mexicanidad y los sentimientos patrióticos de don Carlos. Este dedica gran parte de su vida a investigar los temas indígenas animado por una actitud patriótica de alabar las cosas y los sucesos de su país. Tanto para Sigüenza como para Sor Juana, su contemporánea y amiga, "lo criollo" "no será sólo la mera actitud nacionalista y patriótica que adoptan, sino el modo como se revela y expresa el mundo autóctono, la realidad americana, y la significación que cobra a través de su pensamiento"²³.

La tierra en que se nace constituye la patria. El sentimiento patriótico de Sigüenza se expresa no sólo en el amor que tiene por las cosas de su país, sino en hacer posible su bien. Frente a la supuesta excelencia de la cultura europea, sus afanes se dirigen a enaltecer las creaciones de los hombres de América. Producto de esta actitud fue el haber recopilado durante parte de su vida diversos testimonios del pasado indígena. Habiendo sido mucho lo que escribió sobre temas relacionados con la civilización de los aborígenes del México prehispánico, sin embargo no todo fue impreso. "Si hubiera alguien en la Nueva España —dice Sigüenza— que pagara los gastos de la imprenta... no cabe duda que yo sacaré a la luz varias obras, en cuya composición he sido estimulado por el gran amor que tengo a mi patria..."²⁴.

Es cierto que si lo más relevante de su obra se ha extraviado es imposible valorar con imparcialidad su personalidad. Si no existe una

certeza total sobre el supuesto descuido de don Carlos por hacer que sus obras fueran publicadas, mayor fue la despreocupación de los que nada hicieron por rescatar sus textos originales y así valerse de ellos en su beneficio. Lo más probable es que al no haberse impreso varios de sus manuscritos en el momento oportuno se perdieron irremediamente. La inclinación y entrega por *lo propio* nunca lo abandonará en su travesía por esta vida; antes bien lo motivará a enfrentarlo con lo europeo. Dueño de una manera de ser impulsiva que en su juventud hubo de toparse con el rigor de los jesuitas y posteriormente con la altanería y desprecio del padre Kino, don Carlos no elude el debate cuando se trata de defender la magnificencia de los pueblos, héroes y monarcas de la América prehispánica. En la biografía que sobre Sigüenza escribiera Francisco Pérez de Salazar se alude a la actitud que el sabio mexicano asume cuando se habla de la grandeza de su tierra y de la razón para encumbrarla: "El amor que se debe a la patria es causa de que, despreciando las fábulas, se haya buscado idea más plausible con que hermohear esta triunfal portada"²⁵.

Impulsado por el deseo de enaltecer el solar patrio, Sigüenza no cree necesario para lograr tal fin inventar mitos y fábulas, que lo único que hacen es tergiversar el significado de los hechos. No considera indispensable hermohear con engaños y falsedades los arcos triunfales para alabar el esplendor y la amabilidad de la patria. Para encomiarla basta simplemente con ajustarse a la realidad de la historia sin acudir a la ficción de las fábulas que la desvirtúan.

Hay en él ya una clara conciencia de *lo propio* en su actitud siempre pendiente de no denigrar el pasado indígena. Este ha de ser objeto digno de admiración y de respeto por la asombrosa cultura que sus autores generaron. Por todo lo que aquí se ha dicho y mucho más Sigüenza y Góngora merece ser reconocido en su justa dimensión. Valorarlo por las distintas empresas que lo ocuparon y preocuparon, es preciso hacerlo tomando en consideración el momento y las circunstancias que lo envolvieron. Por todo ello, él solo, como dijera Menéndez y Pelayo, sería suficiente para "honrar a una Universidad y a un país". Lo conocemos como hombre de inteligencia clara y acuciosa dedicada al estudio de la ciencia y la filosofía. Su misión la cumplió cabalmente: amó y honró a México al punto que México está en deuda con quien tanto hizo por él.

Notas Bibliográficas

¹ Irving A. Leonard. *La época barroca en el México colonial*. Col popular. Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 56.

² Delgado, Jaime. Edición y estudio a la "Piedad Heroyca de Don Fernando Cortés" de Carlos de Sigüenza y Góngora. José Porrúa Turanzas, Editor, 1960, p. XV.

³ Iglesia, Ramón. *La mexicanidad de Don Carlos de Sigüenza y Góngora, en El hombre Colón y otros ensayos*. El Colegio de México, 1944, p. 133.

⁴ Rojas Garcidueñas, José. *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, erudito barroco*. Ediciones Xochitl, 1945, p. 131.

⁵ Irving A. Leonard. Opus cit; pp. 324-325.

⁶ Sigüenza y Góngora, Carlos. Opus cit; UNAM, 1959, p.6

⁷ Iglesia, Ramón. Opus cit; p. 132.

⁸ Ramos, Samuel. *Historia de la filosofía en México*. UNAM, 1943, p. 51.

⁹ Sigüenza y Góngora, Carlos. *Libra Astronómica y Filosófica*. UNAM, 1959, p. 151.

¹⁰ López Cámara, Francisco. El cartesianismo en Sor Juana y Sigüenza. *Filosofía y Letras* No. 39, Julio-septiembre, 1950, p. 114.

¹¹ Sigüenza y Góngora, Carlos. Opus cit. pág.6

¹² Rojas Garcidueñas, José. Opus cit; pp. 51-52

¹³ Trabulsee, Elías. Ciencia y religión en el siglo XVII. *El Colegio de México*, 1974, p. 31.

¹⁴ *Libra...* Opus cit; p. 85.

¹⁵ Junco, Alfonso. *Sotanas de México*. Editorial Jus, 1955, p. 12.

¹⁶ Opus cit; pp. 44-45

¹⁷ Junco, Alfonso. Opus cit; p. 18.

¹⁸ López Cámara, Francisco. La conciencia criolla en Sor Juana y Sigüenza, en *Historia Mexicana*, 23, enero-marzo 1957. p. 360.

¹⁹ Informe de Sigüenza. Véase a Ramón Iglesia: *La mexicanidad de don Carlos de Sigüenza y Góngora*, en *El hombre Colón y otros ensayos*. El Colegio de México, 1944, p. 142.

²⁰ Sigüenza y Góngora, Carlos. "Alboroto y motín de México del 8 de junio de 1692", en *Relaciones históricas*, UNAM, 1954, pp. 137.

²¹ Delgado, Jaime. Opus cit; pp. XLVII-XLVIII.

²² Iglesia, Ramón. Opus cit; p. 139.

²³ López Cámara, Francisco. La conciencia criolla en Sor Juana y Sigüenza, en *Historia Mexicana*, 23, enero-marzo 1957. p. 358.

²⁴ *Paraíso Occidental*. México 1684, Prólogo. Citado por Irving A. Leonard en "La época barroca en el México colonial". Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 323.

²⁵ Citado por Francisco López Cámara. La conciencia criolla en Sor Juana y Sigüenza, en *Historia Mexicana*, 23, 1957. p. 358.

LA PRESENCIA DE LA FILOSOFÍA EN LA UNIVERSIDAD MARCO HISTORIOGRÁFICO CONTEMPORÁNEO EN HISPANOAMÉRICA (ARGENTINA Y MÉXICO).

Profra. Dra. Matilde Isabel García Losada
Buenos Aires, Arg.

Se trata de mostrar –en y desde el marco contemporáneo de la Historia de la Filosofía en Hispanoamérica (especialmente nos centramos en México y en la Argentina)– cómo la reacción al positivismo vigente en la Argentina hasta aproximadamente la segunda década del siglo XX (su influencia ha desaparecido alrededor de 1920), asimismo cómo la reacción al positivismo en México, y en general en Hispanoamérica, ha contribuido a desarrollar y fortalecer la presencia de la Filosofía, o mejor de la Metafísica, en la Universidad.

Así, a fin de mostrar cómo, de qué manera, la reacción al positivismo en Hispanoamérica, especialmente, en México y en la Argentina, ha conllevado el desarrollo de la Filosofía y ha fortalecido su presencia en la Universidad, se ha de centrar la atención en *Antonio Caso* (mexicano) *Juan Benjamín Terán* y *Coriolano Alberini* (argentinos). Figuras todas ellas fallecidas.

Cada uno de los autores seleccionados: *Antonio Caso*, *Juan Benjamín Terán*, *Coriolano Alberini*; desde su reacción al positivismo, característica que comparten y que ha asumido una forma propia en cada cual, a través del despliegue de su pensar han enriquecido el modo cómo en México y en la Argentina, en especial, y en general en Hispanoamérica se ha desarrollado la Filosofía –mejor, la Metafísica– y se ha fortalecido su presencia en la Universidad.

Antonio Caso (1883-1946)¹ desenvuelve, desde su reacción al positivismo, un pensar sinuoso, encarnado que es expresión de su propia índole espiritual.

La crítica de Antonio Caso al positivismo se despliega a través de *Problemas Filosóficos* (México, Porrúa, 1915), su primer libro; en *Filósofos y Doctrinas Morales*, (México, Porrúa, 1915); así como también, en *La Existencia como Economía como Desinterés y como*